

CARTA DEL CARD. MAURO PIACENZA, PENITENCIARIO MAYOR, A LOS PENITENCIARIOS Y A LOS CONFESORES CON OCASIÓN DE LA SANTA PASCUA 2020

Nunca hubiera imaginado tener que escribir una carta a los Penitenciaros y a todos los Confesores, en tiempos de pandemia, con las restricciones y el distanciamiento social que, en muchos países, se piden para frenar la propagación del contagio.

Sin embargo, la Misericordia no se detiene y ¡Dios no se distancia!

El distanciamiento social requerido por motivos sanitarios, si bien necesario, no puede, ni debe jamás traducirse en un distanciamiento eclesial, ni mucho menos en un distanciamiento teológico-sacramental.

En tal sentido, en comunión con el Santo Padre Francisco, la Penitenciaria Apostólica ha promulgado un Decreto el pasado 19 de marzo, juntamente con una Nota, con la finalidad de explicar el sentido de las Indulgencias concedidas para apoyar la obra de los Confesores y de los Ministros sagrados que están en primera línea junto a los enfermos, a los moribundos y del benemérito personal sanitario.

La Misericordia no se detiene porque allí donde fuese imposible la celebración ordinaria del sacramento, estamos empeñados en orar, en consolar, en presentar a las almas a la divina Misericordia, cumpliendo la función sacerdotal de intercesores, que nos fue conferida el día de la Ordenación.

La Misericordia no se detiene porque todos tenemos necesidad de la proximidad y de la “caricia” de Jesús, que se concretiza también en un momento de escucha y de diálogo, capaces de abrir una perspectiva de esperanza y de luz, en tal circunstancia de prueba.

La Misericordia no se detiene sino que se expresa en la creatividad pastoral de tantos hermanos sacerdotes que procuran de cualquier manera de estar cerca del pueblo que les ha sido confiado, dando testimonio de la fe, de ánimo, de paternidad, viviendo plenamente su sacerdocio.

La Misericordia no se detiene sino que se expresa en pequeños gestos de ternura y de amor realizados a los más pobres: a los moribundos en las salas de los hospitales, al personal sanitario, a quien está solo y atemorizado, a quien no posee una casa para pasar el tiempo de la cuarentena y a quien no logra tener lo necesario para sobrevivir.

La Misericordia no se detiene porque no se detiene el sacrificio de la Santa Misa, si bien celebrada sin la presencia física del pueblo, de la cual emana toda gracia para la Iglesia y para el mundo. De la Cruz, sacrificio cruento de Cristo, es dada a todos los hombres, la posibilidad de la salvación y de la reconciliación; de la celebración eucarística, sacrificio incruento de Cristo, actualización de aquél cruento, emana igualmente la salvación. En tal sentido, a pesar de las dramáticas circunstancias actuales,

estamos llamados a redescubrir la centralidad del ministerio sacerdotal y, sobre todo aquello que es esencial en él: la obra de Cristo más que la nuestra, la actuación sacramental de la salvación, de la cual somos ministros, es decir, siervos.

La Misericordia no se detiene sino que se expresa en todas las consideraciones a las que lleva la pandemia, en el redescubrimiento de los valores para los cuales vale la pena vivir y morir, en el redescubrimiento del silencio, de la adoración y de la oración, en el redescubrimiento de la proximidad del otro y, sobre todo, de Dios.

La Misericordia no se detiene en la celebración de la sagrada liturgia, que fielmente actualiza los misterios de la salvación y que se convierte en caridad vivida, que tiende la mano amiga a cuantos sufren y en el ministerio sacerdotal es ofrecido por el perdón de Dios.

La Misericordia no se detiene ni siquiera frente a aquellos que han sido llamados a la eternidad porque cada uno de ellos es alcanzado por la oración de sufragio en la certeza pascual que con la muerte no se rompen las relaciones sino que se transforman, reforzadas, en la comunión de los santos.

Confiamos este tiempo, nuestro ministerio de la Reconciliación, y esta Pascua tan anómala, a la protección de la Santísima Virgen, Madre de la Misericordia, con la certeza de su intercesión, para que a todos y a cada uno se nos conceda aquella vida nueva, que es el anhelo de todo creyente y de todo hombre.

Mauro Card. Piacenza

4 de abril de 2020